

10 (142-35 p1)

SUMARIO:



CONVERSACIONES CON ALONE

por

HUGO ROLANDO CORTES

VALPARAISO

1974



SUMARIO :

	Pág.
Introducción	7
Alone, Perennidad de un Ejemplo	9
Alone y la Literatura Chilena	11
Alone Intimo	19
Itinerario Crítico sobre Alone	23
Alone ante los Libros	25
Alone, Maestro de Escritores	29
Díaz Arrieta Periodista	33
Alone y el Problema Político	37
Alone y su Epoca	41
Alone y su Soledad	45
Alone	49
Alone, Crítico y Estilista	55
Alone a Media Distancia	59
Tres Opiniones de Escritores	63
Bibliografía de Alone	67
Breve Antología Epistolar de Alone	69
Indice de Nombres	73

INTRODUCCION

Presentamos, a continuación, un modesto esfuerzo que no tiene otro objetivo que el de testimoniar una admiración personal y un modo de aproximación a una de las figuras más importantes y ejemplares de la literatura chilena e hispanoamericana.

Las Conversaciones con Alone fueron tomando cuerpo a medida de que el escritor tuvo la gentileza de honrarnos con su amistad. De allí el nombre de este pequeño volumen. Sin embargo, creí necesario agregar los juicios que sobre Alone han entregado prominentes nombres de nuestra intelectualidad.

Si, como se ha dicho, es preciso rescatar y cultivar el amor y la admiración por los valores universales de nuestra nacionalidad, y esta aproximación así lo incitara, entonces habrá cumplido felizmente su destino.

H. R. C.

ALONE, PERENNIDAD DE UN EJEMPLO

Su presencia en las letras chilenas, sin la mezquina pasión que subordina y dogmatiza, es tal, que sin su nombre poco o nada se entendería en el desarrollo de nuestra literatura nacional en estos últimos cincuenta años. Fuente de consulta obligada, ha consagrado casi toda su vida al estudio de los escritores y movimientos de la literatura chilena, a tal punto que, silenciada circunstancialmente su pluma, el vacío ha resultado una larga agonía para quienes siempre esperan de Alone el juicio semanal.

Porque Alone tiene visibles y ocultos contradictores. Muchos de ellos han exteriorizado su juicio público de reprobación o malestar. Es decir, de puertas afuera. Pero, en la íntima soledad de su pensamiento, de puertas adentro, la cosa cambia. Si el escritor ha ignorado su libro, si no lo ha comentado en las páginas de *El Mercurio*, donde Alone escribe por ya largo tiempo, entonces a la irritación sigue la frustración, el deseo inequívoco de conocer el juicio crítico.

Pareciera ser el mejor reconocimiento a una fatigosa e incomprendida labor.

Falta algo aún.

Los más insistentes adversarios han reconocido en Alone al maestro de la prosa inteligente, docta, sin pedanterías inútiles, erudita hasta la humildad, y elegante.

En su comentario semanal, su prosa se desliza sin sobresaltos, en un encabalgamiento de "cadencias aéreas", como si su voz se mantuviera cerca del oído del lector, insinuándole, incitándolo, jamás negando o afirmando lo absoluto, más bien conduciéndolo a disfrutar juntos ese juego exquisito de la inteligencia y su misterio.

Incorporado a la galería de los inmortales de nuestra literatura, aporta Alone, Hernán Díaz Arrieta, la riqueza de su estilo, la claridad de su pensamiento, la constancia diaria de su pasión vital —leer y escribir— y la ejemplar y renovada palabra por la dignidad del hombre, cualquiera que éste sea, donde quiera que éste se encuentre.

Hugo Rolando Cortés Ramos

Profesor de Literatura Chilena

e Hispanoamericana

Universidad de Chile

Valparaíso

ALONE Y LA LITERATURA CHILENA

P.—*Esto pretende ser una síntesis de su pensamiento sobre la literatura chilena. ¿Cuál es el rasgo relevante que usted observa a primera vista, cuáles las notas que la distinguen?*

R.—Creo que hay, por lo menos, tres literaturas chilenas: la colonial, la del siglo XIX y la del siglo XX. En la Colonia, Solar Correa distinguió Tres Colonias. Cuestión de usar el telescopio o el microscopio. Empleando el primero, en el primer período, diviso tres o cuatro figuras altas y significativas: Pineda y Bascuñán, Ovalle y Lacunza... Esos, para mí, están vivos aún, puedo verlos directamente, me parecen sólidos y admirables. En el segundo período, existen Pérez Rosales, el mayor de todos los chilenos, extraordinario de vitalidad y carácter; Blest Gana por la invención novelesca, no por el estilo, que es de segundo o tercer orden; Vicuña Mackenna por la profusión rica y abundante, y Jotabeche, tal vez, el menor de todos. En el tercero empieza o estalla, prodigiosa, inesperada, increíblemente, la poesía, en la prosa y el verso. Es un fenómeno muy misterioso ese refinamiento casi súbito y esa aparición de la fantasía poética con D'Halmar, Prado, Gabriela, Neruda y Huidobro, en la cumbre, no sólo chilena sino hispanoamericana, incluso mundial.

P.—*Desde La Araucana hasta hoy es posible escoger veinte títulos. ¿Podría intentar hacerlo?*

R.—¿Veinte nombres principales? Van diez. Agreguemos, de memoria, a vuelo de pájaro: Encina, Edwards Bello, Jorge Hübner, Marta Brunet, Santiván, Maluenda, Barrenechea, Juan Guzmán, Dublé Urrutia, María Luisa Bombal, valor máximo, equiparable a Neruda, incalculablemente superior a todos y todas en su género, especie de milagro. Queda un hueco para el huésped desconocido que no se me presenta en estos momentos...

P.—*La novela chilena no ha tenido, al parecer, la suerte de la poesía. ¿A qué atribuye esta situación?*

R.—¡Ay! Esto es superior a mis fuerzas. La causa de nuestra inferioridad. Habría que echar hasta el fondo una sonda histórica que nunca tocaría fondo. Me declaro incompetente.

P.—*Entre las escuelas literarias algunas determinaron aportes importantes. ¿Podría usted indicar las que le merezcan especial mención y por qué?*

R.—Idem. Somos epígonos de los movimientos europeos, naturalmente. Cada uno ha hecho bien y mal, ha traído vicios y virtudes. Paso.

P.—*A propósito de escuelas y de "ismos", la tendencia didáctica es y ha sido tradicionalmente fijar más la atención en las características generales de los movimientos que en la obra misma. ¿Cuál es su pensamiento al respecto?*

R.—Si conocer una obra o a un autor en particular es tarea enorme qué no será conocerlos en general. Muy buena

ocasión para grandes frases vacías e impresionantes, para "poemas en los cuales se cree", entretenidos y más o menos vagos, inútiles si se piensa con seriedad y no se descansa en simples palabras.

P.—*Su Historia personal de la literatura ha sido reiteradamente motivo de críticas adversas. A nuestro entender sin fundamento. Sin embargo, alguien apuntó que todo ello se basaba en un "me gusta o no me gusta" más o menos acertado. De todos modos un metro muy arbitrario y discutible para medir la literatura chilena. ¿Qué opina usted en este sentido?*

R.—Hay las ciencias físicas, químicas, matemáticas, etc., llamadas exactas. Hay las otras relativas al hombre, ese desconocido... llamadas inexactas y que lo son. Se aspira a construir las. El medio de no conseguirlo nunca es darlas por construidas. El de lograrlo algún día es reconocerlas como hipótesis de trabajo, sistemas probables, andamios, ensayos, probabilidades. Apartando todas estas ilusiones, en la crítica veo siempre, disimulado, el "me gusta, no me gusta". Es la almendra última y humilde. Me gustaría mucho poseer o aparentar la certidumbre y dogmatizar enfáticamente, pero lo hallo una soberbia pueril de primario. No me tienta. Por eso me tientan los casos particulares y el instrumento para analizarlos, el microscopio. De ahí pueden brotar los descubrimientos sorprendentes. También de una intuición genial; pero, ¿cómo estar cierto de que no se trata de una gran majadería? En la duda, me abstengo de las ideas grandiosas y prefiero las humildes. Comprendo que a muchos les parezca menospreciable esta actitud y, si fuera profesor y no periodista, me abstendría de observarla y, más aún, de exhibirla. Me desacreditaría completamente y perdería mi puesto... El profesor, desgraciadamente, está obligado a creer y afirmar:

sus alumnos se lo exigen. Celebro mucho ser eminentemente discutible. Es lo que opino de mí.

P.—*¿Cree que los estudios científicos de la literatura acosan mejor la obra artística de la impresión subjetiva, impresionista?*

R.—Para juzgar una obra artística, ante todo, hay que sentir algo. Si nada se siente, lo mejor es callarse. En todo caso, los estudios científicos, los puntos de vista objetivos tienen que venir después de la reacción íntima. Yo me quedo con ésta y la doy por lo que es y lo que vale. Me parece lo más honrado.

P.—*El novelista chileno sufre hoy un "complejo de inferioridad, de humildad" frente a los escritores del "boom" hispanoamericano. ¿Le parece justificada esta actitud? ¿Qué le diría a un joven escritor chileno que solicita su consejo?*

R.—No me parece que nuestros novelistas sufran de humildad. Más bien diría lo contrario. Y si alguno me pidiera un consejo, le recomendaría ahondar en su propio yo y hacer lo que más le guste. Es lo que hará mejor, porque sólo el placer es fecundo. Cierto que a la mayoría le gusta aparentar. Bueno. Que aparenten. El tiempo, juez único, dirá.

P.—*El Criollismo fue motivo de una querrela literaria. A la distancia ¿mantiene su juicio de entonces en relación a su obra en conjunto?*

R.—Considero sano el criollismo. Es modesto. En conjunto, creo que hizo más bien que mal. Sólo que, como siempre, sus excesos lo hicieron pesado y, también, como siempre, los que tenían talento propio se libraron y los otros

se perdieron. Una verdad de Pero Grullo. Es a lo que generalmente se llega en estas discusiones de ideas, sean literarias, políticas, sociales, económicas o de cualquier clase. Excepto en matemáticas, donde no se discute: se prueba, porque es posible hacerlo.

P.—*¿Podría mencionar algunos escritores extranjeros que a su entender influyeron más en la literatura chilena de ayer y de hoy?*

R.—Balzac despertó la vocación de Blest. Gana. El lo confiesa. Todos los románticos franceses palpitan en Vicuña Mackenna. D'Halmar seguía a Loti y a veinte más de su época. Hubo una epidemia de García Lorca, hay todavía otra de Joyce. Cuestión larga y compleja de dilucidar.

P.—*El joven actual definitivamente no lee o lee muy poco literatura nacional. ¿Este hecho es causa de la literatura misma o de factores ajenos a ella?*

R.—Hacen muy bien los jóvenes de hoy en leer más a los maestros de los escritores chilenos que a éstos, discípulos suyos. Es obvio, Primero la raíz.

P.—*Al margen de los inevitables elementos circunstanciales, ¿quién le parece más inmortal, profunda y perdurable: la poesía de Gabriela o la de Neruda?*

R.—Tal vez, Gabriela. Neruda es demasiado enorme, profuso, deslumbrador. Gabriela más entrañablemente humana y auténtica, más chilena, rocosa y terrible.

Para mí, sintiéndolo mucho, me quedaría con ella. Sospecho que va a durar más.



P.—*La crítica literaria y los críticos ("horrible palabra", ha dicho usted) han sobrevivido a pesar de toda su azarosa existencia. ¿Qué razones ve usted en ello?*

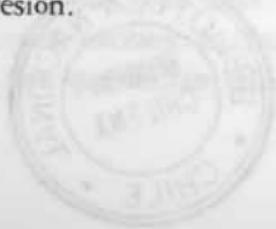
R.—Es un problema harto curioso esa especie de segundo piso que la crítica pone sobre la literatura y me pasmaría su difusión en Chile si no fuera por los periódicos y la ley del menor esfuerzo: la crítica permite a muchos creer que han leído más de lo que han leído. Y eso es muy cómodo, hace buen efecto, viste fácilmente. Los enemigos naturales de los críticos son los autores, es decir, unos pocos. Los amigos son legión, los lectores.

P.—*La poesía de Neruda sería incomprensible si no tuviera detrás de sí la filosofía marxista, ha dicho alguno de sus exégetas. ¿Le parece correcto este pensamiento?*

R.—Creo que a Neruda le carga el marxismo, esa fatalidad que le ha impuesto la época, que le echan encima "las omnipotentes circunstancias". El marxismo es su lastre, su prosa, su deber, ¡ay! su negocio. Por ello es un gran poeta de una mala época. El milagro es que se haya sobrepuesto a ella. El marxismo es de esencia antipoética, una filosofía estomacal que deriva hacia el estercolero. La creo absoleta, periclitada, anacrónica y reaccionaria.

P.—*¿Cree usted que la literatura chilena haya sido en algún momento de su historia revolucionaria? En ese caso, ¿cuándo, en qué forma?*

R.—Toda literatura viva es revolucionaria. O no es. Cada autor nuevo renueva el mundo al renovar su visión y su expresión.



P.—*La vieja cuestión de si el artista nace o se hace parece cobrar vigencia por estos días a propósito de la creación de talleres literarios. ¿Cuál es su pensamiento sobre el tema?*

R.—El artista nace, el orador se hace. Esa es la sentencia. La creo vigente. Fuera de una apreciable mediocridad, *¿ha salido algo de los talleres literarios?*

P.—*¿Qué generación le parece más vital y literariamente mejor: la del 38 o la del 50?*

R.—No las distingo. Distingo a José Donoso por encima y a Lafourcade por debajo. Todos inferiores a los grandes argentinos, peruanos, colombianos, mexicanos, cubanos.

P.—*Si la literatura es expresión de un pueblo, ¿puede hablarse, quizás, de una crisis o transformación de las letras chilenas actuales?*

R.—La verdad, he perdido contacto con la literatura chilena actual. Obedezco a esa ley que Saint Bouve formuló: pasado cierto tiempo, el crítico cierra sus ventanas. O solamente las abre hacia el lado del poniente. Lo decía por él. Lo digo por mí, sin jactancia.

P.—*Alguna vez usted afirmó que el gran novelista chileno es Blest Gana. ¿Es posible agregar otro u otros nombres más a la fecha?*

R.—No hay novelista chileno más cabal que Blest Gana. Y no es de primera clase en el panorama mundial. Es que los chilenos son poco novelistas.

P.—*Permitame pedirle diez nombres de novelas chilenas que usted considere las mejores de todos los tiempos.*

R.—A ver: "Un remordimiento", de Mariana Cox; "Durante la Reconquista", de Blest Gana; "El habitante y su esperanza", de Neruda; "Mirando el océano", de Guillermo Labarca; "Un perdido", de Eduardo Barrios; "El loco este-ro", de Blest Gana; "Idilio Nuevo", de Orrego Luco; "Eloísa", de Maluenda; "Coronación", de Pepe Donoso; "La última niebla", de María Luisa Bombal; "Montaña adentro", de Marta Brunet. Los demás... He nombrado, de memoria, las que reelería con gusto, porque me dejaron algo adentro, no porque las crea "las mejores" para todos. La memoria es el gran crítico.

ALONE INTIMO

P.—¿Cuál es su mayor agrado y su peor desencanto después de cincuenta años de escritor?

R.—¿Mi mayor desencanto? La lenta, progresiva, irresistible convicción, efecto, sin duda, del ambiente intelectual de nuestra época y de su poderosa sugestión colectiva, de que las verdades de orden religioso, no ofrecían una base sólida, eran incompatibles con la razón racionante y una ilusión inmensa provocada por la inmensa angustia humana, por el ansia desesperada de creer que hay una justicia superior, un alma inmortal, una vida eterna, única manera de soportar la existencia y obtener, a cuenta de la otra y como anticipo, un poco de paz y felicidad en ésta. Después de dejar de creer en todo eso, que me parecía evidente, hallo absurdo creer en cualquier cosa, excepto, digamos, que dos y dos son cuatro. ¡Y aún! ¿Mi mayor agrado? Uno que aún persiste: aprender a escribir, seguir todavía jugando esa partida de ajedrez infinito, como dice un poeta chileno en una definición genial del arte. Compadezco a los que creen haber llegado y saber. ¿Para qué siguen viviendo?

P.—*Alguna vez, los imponderables compromisos, le hicieron dar una opinión literaria. ¿Recuerda alguna que con el tiempo usted quisiera olvidar?*



R.—Muchas veces, generalmente por piedad, he procurado suavizar mis verdaderas opiniones sobre tal y cual libro; pero se me conoce, el autor no se engaña y suele quedar irritadísimo en mi contra. Una especie de conciencia o deformación profesional me impide simular o disimular eficazmente mi auténtico parecer.

P.—*En tantos años de actividad, recordará algunos nombres de escritores. ¿Cuáles le dejaron lo que podríamos llamar una impresión imborrable?*

R.—¿Las dos más hondas e imborrables impresiones?: Gabriela y Encina. Todavía no llego al fondo de ellas.

P.—*Entre los "mitos" de la literatura chilena está aquel de Shade. ¿Cuál es el verdadero sentido que ella tuvo en su juventud?*

R.—¿Shade un mito? ¿En qué sentido? Ahí están sus dos libros. Me gustaron mucho, ella me gustó mucho más aún. Sufrí naturalmente su influjo y deslumbramiento. Juzgándolo ahora fríamente... Pero no, aún no puedo juzgarla fríamente.

P.—*Usted ha permanecido por años, toda su vida, ajeno a cofradías literarias. ¿Qué le hizo tomar esta determinación? ¿Por qué busca siempre la soledad?*

R.—Nunca he buscado la soledad: he huido siempre de las malas compañías que son las más numerosas. He ahí todo. No hay placer en el mundo comparable a la comprensión mental y sentimental mutuas; pero se la encuentra rara vez y hay que resignarse al *mínimum* de incompreensión, como quien dice a un poco más o menos tolerable. Algunos pasan por todo con tal de hablar. Yo hallo preferible el si-

lencio. O ese hablar solo que es el escribir. Y el publicar pensando; ¿quién sabe? Alguien, en alguna parte, entenderá.

P.—*Los jóvenes de hoy no conocen a Alone. A veces sin leerlo lo discuten. ¿Se siente molesto, desagradado o comprensivamente tranquilo después de este juicio?*

R.—¡Lo hallo tan natural! Lo que suele sorprenderme son los ecos inesperados que descubro, a veces. Muchas veces me han hablado bien de mí personas que no sabían quién era yo y que se quedaron ignorando que me lo habían dicho. Los jóvenes están separados de mí por medio siglo, equivalente, dada la velocidad del tiempo actual, a varios siglos de otros tiempos. Es mucha distancia.

P.—*¿Cuál es el proceso que usted sigue para escribir sobre un libro? ¿Sobre qué aspectos del mismo recae más su atención? ¿Suele tener a veces algún sentimiento de indulgencia si el juicio es adverso a la obra?*

R.—No leo: me dejo leer y me escucho sentir. Después hablo. Nunca olvido que detrás de cada obra hay un ser humano ultra-sensible, no precisamente a mi opinión personal sino a los efectos de esa opinión ante los demás. A mí pueden despreciarme sinceramente: no mi opinión en letras de molde. Esta le da una espantosa resonancia y ello les provoca la indignación o el deleite. Por mi parte, procuro servir al autor, alabándolo o censurándolo, y también a los lectores, informándolos. Es elemental.

P.—*El "vicio impune", la lectura, ha sido la pasión de su vida. ¿Cómo hacer para que otros, muchos, lo adquieran?*

R.—Ha sido el objeto de mi vida: contagiar "el vicio impune", único que nos acompaña hasta la vejez cuando los

demás nos abandonan. Pero solamente los que nacen predispuestos lo adquieren de verdad. Lo mismo que los otros vicios. . .

P.—¿Podría relatarnos algunas anécdotas literarias que muchos esperamos lo haga en sus Memorias?

R.—Sería largo, largo. Necesitaría dejar la Crónica Literaria y. . . escribir mis memorias, eternamente empezadas y eternamente suspendidas por imposición de "las omnipotentes circunstancias". Además, ya estoy cansado. ¡La vejez!

ITINERARIO CRÍTICO SOBRE ALONE

	Pág.
JOSE SANTOS GONZALEZ VERA	25
HERNAN DEL SOLAR	29
RENE SILVA ESPEJO	33
EDUARDO MOORE M.	37
IGNACIO VALENTE	41
HUGO MONTES	45
FERNANDO ALEGRIA	49
EDMUNDO CONCHA	55
FERNANDO URIARTE	59
MARIA FLORA YAÑEZ	63
BRAULIO ARENAS	64
CARLOS RUIZ TAGLE	65

ALONE ANTE LOS LIBROS

Alone se convierte en crítico al comenzar la semana. Abre un volumen y lee dos párrafos. Si el libro está mudo salta la página. En espera del balbuceo voltea una hoja y otra y triste llega al final. Cuando la obra comienza a sacar voz lee seguidamente y torna a las páginas iniciales.

Hay libros indómitos, que obligan al autor a escribirlos y no le dan tregua hasta que pone la última palabra.

Los más son libros dóciles. El literato los compone porque le da gana, pero, como la docilidad es relativa pocos de éstos hablan.

Hay también libros bien escritos, mejor pensados, compuestos como se debe, ante los cuales todo lector se descubre. De haber aparecido un siglo antes figurarían entre los modelos. El atraso los tornó impersonales.

La obra deseable es la que habla para nuestro tiempo, acrecienta lo que se sabe del alma y revé la naturaleza. Cuando su voz se distingue, sube y permanece en alto sitio.

Existen, por último, los libros precursores. Son contados. Hablan demasiado, gritan o tienen voz extraña. No hay cómo entenderlos. Sin embargo, no se olvidan nunca. Sus autores son mortales de doble vista. Situaron el principio más allá de donde la realidad de una época termina.

El libro indómito, aunque lo sea por momentos, desata

el entusiasmo del crítico. Lo lee arrebatado, y va de un amigo a otro con la nueva. Mientras, el subconsciente, el suyo, opera en la intimidad, en sus misteriosa celdilla, a menudo en consonancia con su dueño, alguna vez a su entero arbitrio. "Me doy cuenta de lo que pienso sobre un libro cuando escribo".

En mitad de semana se pone ante la máquina de escribir. Su invisible auxiliar le ofrece una cristalización, el juicio, que él redacta en períodos breves, en que van jugando oraciones de contadas palabras con otras más extensas, y por encima sopla algo trémulo. Una exclamación providencial eleva la frase. Recupera luego el tono contenido, apasionado siempre, para romperlo y descender a una sentencia interrogativa.

A su estilo, mezcla de danza y coro, penetran ráfagas de poesía, iluminaciones, voces patéticas, colores, sin impedirle que adelante en los más tenues repliegues del análisis. Nunca insiste. No hay nota demasiado sostenida. La variedad es condición de su temperamento. Así como en su vida está yéndose de todas partes y retornando, viaja en su prosa y echa mano de todos los recursos expresivos. Las innumerables actitudes y mudanzas del ánimo que muestra el hombre vehemente, en uno o más años suelen, en lo intrínseco, darse cita en cualquiera de sus ensayos más felices.

Su crítica literaria no es mero comentario, ni la visión servir del libro. Este es el motivo, el impulso que le conduce a breves creaciones o desarrollos propios, muy originales, deslumbrantes por su don adivinatorio y su humor tan inesperado y mutable.

Sus pequeños ensayos, de leve gracia, en que van hermanadas las fineza y la amenidad, parecen dirigidos a la aristocracia que lee.

Alone es individualista, rehúye los sistemas y, empero, se le siente identificado con instituciones y formas tradicio-

nales. Pero como es escritor, la curiosidad que es achaque de estos, frecuentemente, le hace empinarse y desde arriba observa el tumulto de lo nuevo, a ratos gozoso, a ratos contrariado.

El literato, dada su peculiarísima índole, no puede vivir sin elogio y necesita estímulo y aprobación. Suele admirar al crítico, pero si éste no lo admira a él, será su enemigo de turno, rara vez apacible y contemplativo, que le atacará con armas francas o secretas. Y como Atlone no es estrictamente seráfico, en el artículo semanal, mediante rodeos muy sutiles, sin nombrar al atacante, lo hiere con la punta de un alfiler, con minúsculo estilete y, si el ataque fue brutal o bárbaro, con trabuco y con hacha. No es enemigo fácil. Deja al herido y, con naturalidad, retorna al libro de que se ocupara al comienzo y renata su juicio.

Y sin embargo, su actitud de pelea es de cierto modo profesional porque no sustenta más allá de la lucha, ni durante ella, ningún desdén o prejuicio contra el literato. En un lapso en que atacara a un escritor resonante, opinó en un círculo que a éste debería dársele el premio nacional de literatura.

El criollismo, que impulsara Omer Emeth, era necesario para enfriar la fascinación que tipos y ambientes extranjeros ejercían en la literatura chilena. Lo era también porque urgía conocer el país y su gente. Que unos autores cayeran en el pintoresquismo, que otros reprodujesen el habla popular, exagerándola, o describieran muy prolijamente, convenía. El exceso es de cierta manera riqueza.

Alone ha insistido en que los escritores se ocupen más en lo que ocurre dentro del hombre, de sus pasiones, sus

procesos psicológicos, de cuanto lo inhibe o impulsa a la acción, del matiz, de la medida.

Durante buen número de años, no se advirtió que lo apasionaran las ideas. Se le tenía por escéptico, aunque fuera devoto de Portales. Al vincularse a los humanistas de Peñalolén, liberales a la inglesa, le suscitó la más aguda preocupación el fantasma del comunismo, cuya sombra flotaba por esa altura. Ideó muchos contras que ha hecho valer en sus escritos de los últimos veinte años.

A toda obra importante le consagra un artículo, pero si se trata de una anticomunista casi volando escribe cuatro. El comunismo lo estremece. Y, sin embargo, cree indispensable que exista, como fermento de mejoras necesarias, para que el régimen social no se anquilose ni caiga en abusos, pero siempre que sea minoría, que no triunfe. No halla que un Gobierno comunista sea económico con las vidas humanas.

Mérito suyo es haber sido el primero en ver cuáles, entre los innumerables libros que se editan cada año, traen algo genuino, y cuales sólo bisutería. Y mérito también definir la naturaleza del aporte y dar a sus autores un sitio en la literatura.

Su actividad de crítico literario, sostenida semana tras semana, ha sobrepasado los treinta años. Esto, que lo convierte en decano de los críticos de lengua española, bastaría para que su nombre perdurase, pero hay más: al juzgar una obra no es menos escritor que el autor y, con harta frecuencia, lo aventaja. Es como si fuera rey y le diera a alguien el título de conde.

José Santos González Vera

ALONE, MAESTRO DE ESCRITORES

En ese tiempo existía la torre de marfil. El escritor trepaba por ella y una vez arriba no sabía qué hacer. O miraba hacia abajo y todo le parecía vulgar, o se metía en sí mismo y trataba de creerse interesante. En cualquiera de estos dos trabajos tenía que recurrir a las palabras para comunicar sus descubrimientos. Desasosegado también le parecían vulgares las palabras: eran las de todo el mundo y las desechaba. Entonces salía, con paciencia de cazador, en busca de voces y giros extraños, que se le antojaban exquisitos. En su torre de marfil trabajaba combinando todo aquello, calentándolo, enfriándolo, hasta dar con un producto de hojalata que solía rebrillar si el sol le echaban encima un halago.

Cuando todo esto sucedía Hernán Díaz Arrieta aún no se llamaba Alone. Era muy joven y deseaba ser escritor. Pero entre sus desagradados naturales estaba el de la torre de marfil. Escribiría, sí, pero libre y gozosamente, dándole al lenguaje la cordial acogida de la inteligencia y el corazón. Es decir, con un amor lúcido y hondo. Peligro evidente. Cuando se escribe así —con amor de las palabras y precisión de pensamiento— aparece la soledad. El escritor toma un camino propio, no intenta asemejarse sino a sí mismo, y esto es mal mirado durante largo tiempo. Después, a veces, suelen cambiar las cosas. Entretanto, el escritor parece que va sin

compañía. Así nace Alone. Pero es un solitario de sensibilidad afable, no quiere esconder sus hallazgos, desea que cuando habla se le escuche. Ya lo dijo muy exactamente una vez: "Me gusta la soledad: siempre que haya cerca alguien a quien decírselo".

No es una frase. Es, sencillamente, la definición de un hombre. En tan breves palabras tenemos la imagen fiel de este magnífico aventurero de la literatura chilena. ¿Aventurero? No lo parece. Se le mira y se le vuelve a mirar: hombre de estampa pulcra, ademanes corteses, voz que no aprendió a elevarse, sonrisa amistosamente irónica. Sin embargo, es el aventurero que se entra por la dura selva literaria con la mirada alerta y brazo decidido, fuerte. Si no encuentra grandes fieras —sólo corren sabandijas, paran una oreja los conejos, ondea la lengua de la víbora—, lo cierto es que le acechan las trampas. Se hallan por todas partes. El paso del aventurero es ágil y sabio. Es difícil cogerlo: toda una aventura que no alcanza al aventurero.

Mientras va selva adelante, no sólo hay trampas escondidas. La vida está ahí, espléndida, rica, tentadora, cambiante. No se puede ir por ella y quedar mudo. "Me gusta la soledad —dijo el aventurero—: siempre que haya alguien a quien decírselo". Comienza a contar su aventura y de inmediato somos muchos los que acudimos a escucharle. Y aunque su hazaña es de largos, largos años, realmente es como si apenas comenzara. Tan nueva nos parece en cada confidencia, en cada una de sus crónicas, en cada columna que escribe, que percibimos la multiplicidad de sus rasgos como si siempre fuera uno, y recién aparecido.

A través de la historia que ha venido contando en sus libros, sus crónicas literarias, sus escasas conferencias y sus charlas radiales, vemos un vasto mundo, un panorama extensísimo, y en él levanta un fuerte amor de la naturaleza y

un aprecio profundo de los valores auténticamente humanos que el escritor entrega al oído de sus semejantes. Son ellos los pobladores de su soledad. Y él tiene siempre a quien mostrarlos. Y quien los ve no los olvida. De aquí su grandeza de escritor: transmitir a sus lectores, de modo inmejorable, una vida secreta, personalísima, y pasarla de inteligencia a inteligencia, de sensibilidad a sensibilidad tan íntegra y verdadera que ninguna de sus posibilidades de ser comprendida, interpretada, convivida se desvanece.

Alone es el escritor que ama firmemente su oficio. Esto no se ve a menudo. Escribe porque tiene cosas que no quiere callar. Y no le da lo mismo decir las de un modo u de otro. Hay siempre un modo mejor. Y se le busca, se le encuentra y acoge únicamente cuando no parece rebuscado. Maestro de escritores, odia la pedantería y la jerigonza tan tenazmente como ama la sencillez y la claridad. Esta es una de las grandes enseñanzas para quien sabe leerle. El lenguaje es lo que da grandeza o pequeñez al hombre. Un escritor que no lo entiende es escritor que no sabe serlo con humana voluntad de hallarse a sí mismo y dignificarse. Alone lo hace sentir claramente en sus crónicas literarias. De aquí, ciertamente, que se le admira y se le denigra. Se le admira porque es su propio ejemplo de lealtad del escritor para consigo y de su ennoblecimiento. Se le denigra porque escribe con respeto de las palabras y no teme valerse de ellas para burlarse de modas agresivas y bullangueras, para asegurar que la literatura no nace por generación espontánea, para respetar los viejos valores y señalar, generoso, a los que avanzan en busca de un buen destino.

Una juventud precipitada finge que le desestima y, llegado el caso de alguna mesa redonda o encuentro vociferador, lanza su nombre hacia el montón de los olvidos. Pero sabe esa juventud que el desdén fingido puede ser una admi-

ración oculta. Si Alone, por casualidad, vuelve un día la mirada hacia un libro de autor desconocido y —bien impresionado— le dedica un rato de atención cortés, ese precioso apunta en su memoria tan venturoso día y no logra empeñarlo en su intimidad cuando, en alguna ocasión, se une al corrillo que procura descubrir la manera de embalsamar a Alone antes de tiempo.

Si alguien se entrega a la tarea de valorar sin resentimiento ni juicio comprometido el movimiento literario chileno de los últimos cincuenta años, la figura sobresaliente de Alone se le impone en su dimensión verdadera: de maestro e incitador ejemplar a no separar vida y literatura. Si hay quienes no lo advierten en nuestros días, el error consiste en que no encontraron el ángulo preciso para tener una perspectiva cierta. Creemos que es de los escasos escritores nuestros que dentro de otros cincuenta años tendrán lecturas de naturaleza afín, estremecida de pronto por ese lenguaje sencillo, límpido, clásico que es el único que anda y anda por los tiempos sin cansancio de vejez.

Hernán del Solar

DÍAZ ARRIETA PERIODISTA

Por un cuarto de siglo hemos seguido la tarea de Hernán Díaz Arrieta en el diario y podemos dar fe de que es un periodista de amplio registro y de viva sensibilidad.

A diferencia de los que laboran en los diarios, él no recibió nunca tarea; se la impuso con un rigor y una conciencia extraordinaria. La crónica literaria llegó con regularidad poco común y siempre constituyó una sorpresa por su contenido. Pero también a menudo aportó su espontánea colaboración sobre el tema de actualidad palpitante.

Sus originales —¡y vaya que lo son!— aparecen sobre la mesa de redacción con su alta y apretada caligrafía; clara hasta en las correcciones; a menudo en carillas manuscritas, con inserciones y tachaduras que revelan la "difícil facilidad" que alcanzan los verdaderos escritores.

Hemos conocido a centenares de hombres de letras que producen para los diarios, sin dejar nunca su aire literario; premunidos de varios libros y hablando con anticipación del tema que abordarían. En cambio, Díaz Arrieta pasó siempre por el diario sin bagajes empastados bajo el brazo; a lo sumo con el libro recién leído y juzgado; y deseoso de no hablar sobre el tema y el autor que había tenido entre manos.

Conozco a pocos escritores que alcanzaran éxito cuando le pidieron que opinara sobre su libro recién aparecido; así

como muy pocos compañeros de labores se arriesgaron a recomendarle la crítica de una obra. Su libertad para decidir el tema lo ha llevado en muchas ocasiones a retroceder arbitrariamente en el tiempo y a actualizar una novela escrita muchos años atrás. Este hábito de Díaz Arrieta ha colocado en aprietos a los librerías que de repente recibían una avalancha de compradores impulsados por la crónica literaria, acerca, por ejemplo, de "La Pata de la Raposa" de Ramón Pérez de Ayala.

—¿Por qué don Hernán, no escribe sobre tantos libros recién aparecidos?

—Porque hay muchos y ninguno, sería más o menos su respuesta.

Otra prueba angustiosa a que los somete su pluma es la aparición de dos o más crónicas seguidas sobre un autor que él explota como una cantera de revelaciones. Las "novedades" de vitrina retroceden para ceder el paso al escritor que consagra el crítico. Si no, que lo digan Encina y otros privilegiados.

Sus iniciales H. D. al final de un "Día a Día", de una breve nota editorial y hasta de una "Carta del Público", son anuncio de un tema de punzante interés y prueba de que el periodista se despoja del ropaje del escritor y logra atrapar el interés del lector corriente. A través de estas colaboraciones, mínimas, comparadas con sus crónicas dominicales, vibra el espíritu público, enderezado a la defensa de una causa de interés general, a la denuncia de una aberración administrativa o al recuerdo de un ciudadano meritorio y olvidado.

Bajo cualquiera de sus formas el aporte de Díaz Arrieta al periodismo es una pulsación de cultura, que late semana a semana, o una chispa que ilumina en medio de la gris actualidad.

Sus crónicas siempre contuvieron un pensamiento perdurable ;por eso se han coleccionado y seguirán pasando al libro, como ocurrió con algunos críticos célebres de todos los tiempos. Sus trabajos puramente periodísticos, aunque se disuelvan en el acontecer, dejan en los lectores una leve y grata inquietud.

ALONE Y EL PROBLEMA *René Silva Espejo*

Exposición sobre el problema de la vida de Alone. Un estudio de su vida y su obra por el mundo, en español y francés, de Ediciones Elzavira. Museo de Arte. Una obra de gran importancia para la comprensión crítica y profunda de nuestro continente de América.

Se abren al lector donde libre en lenguaje sencillo el pensamiento. Otra obra y esquivas. Se fijan un instante, pasadas y se no quitan un solo. Retruécan y hacen la perspectiva desde adentro.

Notro descubrimiento en el mundo de los problemas de la vida. Exposición crítica, misteriosa, inquietante, pero hermosa, curiosa, que da tal vez, por el lector, el sentido pleno de la vida humana. Viva sensibilidad que se detiene en la soledad y la distancia.

Notado su arte de apartamiento y la vida y bajo el mundo de todos. Es un mundo que se ve y lo creemos en la calle; y cuando se desata y se ve y hasta muestra su vida, así como que se vea dentro de ella se vea profundamente, mirado y sin cambiar. Así como se ve y se ve, se ve siempre, se ve y se ve y se ve y se ve, como la vida humana.

ALONE Y EL PROBLEMA POLITICO

Reproducimos el prólogo al libro de Alone, "La tentación de morir", suscrito por el escritor, ex senador y Ministro de Educación, Eduardo Moore Montero. Esta obra es un testimonio cabal de las preocupaciones cívicas y políticas de nuestro compañero de labores.

I

Semblante alargado donde líneas en ángulo sostienen el gesto severo. Ojos duros y esquivos. Se fijan un instante, parpadean y ya no quieren ver más. Retroceden y buscan la perspectiva desde adentro.

Rostro descubierto en el suave claroscuro de una tela de Leonardo. Expresión ambigua, misteriosa, inquisidora, pero borrada, suavizada, quemada tal vez, por el lento, el invisible fuego de la interna ensoñación. Viva sensibilidad que se defiende en la soledad y la distancia.

Sacude su aire de apartamiento y lejanía y baja al mundo de todos. Es un cotidiano regreso y lo cruzamos en la calle; y cuando se detiene y conversa y hasta escucha sin oír, nos parece que debiera decirnos algo de su viaje permanente, renovado y sin término. Está frente a nosotros: delgado, erigido siempre, frágil y fuerte a la vez, como los organismos

o los instrumentos destinados a desbastar o pulir. Sin gastarse ni destruirse. Así es su espíritu.

II

Ahora sus pupilas se han quedado fijas sobre un panorama sombrío. Lo escrutan. Y surgen vagas figuras que en el turbio fondo estaban muertas. Se mueven; viven. Pesadilla lenta, orgánica, segura; sin contrastes violentos ni líneas ni colores que rompan su implacable evidencia. Ahí están todos los hombres, los elementos que ellos ordenan y hasta una ligera atmósfera que los vivifica. Es la descomposición moral de una nación. Son estas horas lentas, estos días inacabables que nos agotan y sobre los cuales parece extenderse agónica una raza.

Así debió enfermar sus ojos y su alma, sufriendo para sí solo las dispersas angustias, Mariano José de Larra. Así escribió esas páginas agrias y ligeras, sumidas en una verdoosa penumbra que de improviso se incendia, llegando mágicamente a los ángulos muertos, sin permitir que nadie ni nada escamoteara sus gestos, su semblante, su identidad. Era toda una época, un país, sorprendido en íntimas escenas, en vergonzosas posturas.

El artista abandonó los libros un instante, levantó los ojos de las páginas, y, primero con la imprecisa torpeza de los miones, y adaptado después a la crudeza de la luz, observó a unos hombres que ya no estaban en la fábula, que ahora gritaban sus odios y sus ambiciones; sus vilezas. La vida, como una marea, sepultaba metáforas, delicados estados de alma, estrofas de fina estructura, adjetivos preciosos como gemas. Eran las aguas turbias, imperiosas y niveladoras. En ellas, y contra ellas había que sobrevivir.

Así nacieron los artículos de este volumen.

III

Alone había descubierto a Chile en el paisaje. Mundo físico definido, esencial en sus líneas y colores, sin adornos quebradizos en su estilo seguro. Paisaje neto y estable, como si los remezones sísmicos lo hubiesen despejado de todo liviano ornamento. También los esfuerzos y dolores dejan a un pueblo reducido a una simple y dura arquitectura interna.

Panorama de aguas y rocas, arenas y árboles rectos, y unas escasas notas verdes, como signos de emoción en un rostro severo.

Alone había descubierto a la raza leyendo la Historia magistral que nos sitúa aparte y en firme postura y ventajoso contraste. Estudiando y meditando se compenetró del pensamiento de nuestros escritores; analizó su estilo, los resortes de una prosa o la leve música sin orden ni razones de un poema dueño de sus propias leyes.

En un punto todo pareció desplomarse. El presente ya no tenía conexiones con el pasado. Los chilenos se instalaban en islotes rocosos golpeados por olas hostiles. Intenciones oscuras animaban a hombres surgidos, no de los planteles de cultivo, como las buenas espigas, sino espontánea o inopinadamente, como las malezas que exudan las tierras agrias y abandonadas. Las refrescantes lluvias de la libertad los esponjaban. Y amenazaban invadirlo todo, arrasar con todo: ideas, normas morales, tradiciones orientadoras, cosas del espíritu y de la materia. Avanzaban destruyendo lo que desconocían y no amaban. Un viento de lejanos climas parecía empujarlos.

Las finas e íntimas preocupaciones de antes, las que encerraban al artista en su torre, eran como delgadas corrientes que nacían y morían ocultas en su diminuta geografía. Ahora era urgente vaciarse en el ruidoso caudal de los ríos

y llegar al mar. Buscar el ancho destino de la raza. No ser nadie para ayudarlos a todos.

Y Alone inició una nueva etapa de su vida. Y emprendió jornadas de peleador, dispuesto a sumar su esfuerzo a los de tantos otros que combatían por salvar las cosas que no deben morir. Su pluma se hizo dura, implacable, sangrienta a veces. Combates breves y fulgurantes, que recuerdan la táctica y el arrojo de los aviadores. Acomete, y es reconfortante observarlo y seguirlo. Alguien se queja y muere; se desploma un prestigio; estalla una masa informe que se hinchaba de peligrosos gases. Se hace luz, y el espacio ocupado por sombras siniestras, ahora no pertenece. Sopla un fino y fresco viento de libertad y salud.

En muchos puntos del territorio hay chilenos que, en diferentes formas, luchan desesperadamente por aminorar un desastre que nos amenaza a todos. Están menos abandonados, y se sienten más fuertes que antes, porque un escritor venido de la soledad los acompaña.

En su regreso permanente a la soledad, nosotros lo rodeamos, y queremos estar cerca de su espíritu.

Eduardo Moore M.

ALONE Y SU EPOCA

Desde estas columnas he disentido a veces de mi vecino Alone. No han sido muchas, porque es raro que nos encontremos hablando de un mismo libro, autor o tema; y sólo por eso. Sin mediar ninguna planificación central, domingo a domingo un invisible engranaje, el de nuestras preferencias espontáneas, nos conduce a regiones distintas y distantes de la literatura, que sólo aquí y allá se tocan. Y casi siempre que eso ocurre, disentimos —caballerosamente—. Por diferencias de gustos y de métodos; sin duda; pero si detrás de gustos y de métodos hay siempre una doctrina tácita, una visión del mundo y de la literatura, ella no puede ser más diversa, en nuestros respectivos casos. No es extraño: una generación y media nos separa, una diferencia abrupta de credos, escuelas y temperamentos nos divide.

Confío en que esta distancia refuerce la afirmación, que aquí propongo, del papel que ha cumplido Alone en medio siglo de literatura chilena. Es un reconocimiento que hago desde la frialdad analítica del desacuerdo. Mis elogios serán sinceros y no ditirámicos; mis reparos, efectos naturales de la distancia generacional. Comenzaré por el tópico: la figura de Alone domina ampliamente el panorama de las letras chilenas de este siglo. Domina por talento, por calidad, por eficacia. Es un hecho que reconocen sus enemigos más enco-

nados (numerosos, como los de todo crítico exigente y sincero): la opinión del grueso público, y por tanto el éxito o fracaso externo de obras y autores dependieron en Chile —bien o mal— del dictamen de este imprevisible juez. Deben reconocerlo sus propias víctimas y también aquellos escritores que viven denigrándolo, pero cada domingo acuden a leerlo, quizá en la secreta esperanza de haber merecido su atención.

No es difícil descubrir las razones de este polémico reinado. Abstrayendo del valor de su juicio, el sólo estilo de sus crónicas lo recomienda como un escritor de vuelos propios, personalísimos, vivaces; superior, por lo general, a los propios autores que comenta. Tantas veces se tiene la impresión de encontrar más estilo en una columna de *Alone*, que en las doscientas páginas del libro sometido a juicio. Ocurre entonces, con sus artículos, lo que con toda obra literaria autónoma, especialmente con la poesía: que vale por sí misma, al margen de su relación verosímil con el mundo externo, en este caso con los libros que le ofrecen el tema o la inspiración ocasional. Por eso pudo ser llamado el poeta de la crítica. Las crónicas de *Alone* han hecho época porque son amenas, sutiles, legibles como pocas. ¿Valores secundarios? Sobre todo para los que carecen de ellos. No seré yo, tedioso de mí, quien afecte despreciar el difícil, el admirable valor de lo entretenido, penetrante, sabroso, directo, en el género de la crítica. ¡Quién pudiera escribir con esa fluidez!

Yendo al fondo del asunto, diría que *Alone* ha tenido el mérito de subrayar, en su ejercicio crítico, el peso inevitable del gusto personal, del paladar o de la pupila literaria propia: de la sensibilidad, nunca sustituible por la doctrina o el aparato conceptual genérico. Modernas e impersonales teorías del arte olvidan, con demasiada facilidad, que el lector no es un mero espacio anónimo en el que se cumplen las leyes y se despliegan las estructuras culturales, los signos y códigos del

arte. Es un sujeto vivo, que actúa y es actuado, al leer, en función de placer o tedio, de interés o fastidio, irreductibles síntomas; los análisis consiguientes no hacen sino dar razón de esta impresión primera. Y Alone hace bien en "apelar al íntimo testimonio y confesar honestamente, con humildad, aquel *me gusta o no me gusta* en que viene a resumirse, al fin, toda la ciencia crítica". En cuanto a su gusto personal, vano sería enjuiciarlo desde otro gusto; baste con reconocer que, formado muy exclusivamente en la literatura francesa, dentro de su línea es fino y experimentado como pocos; que representa una época, y, por encima de ella, el sentir espontáneo de un tipo de lector medio que existirá, presumiblemente, mientras exista la letra impresa.

Pero este énfasis tiene su natural reverso. No sería honesto de mi parte soslayar, en este balance, los aspectos de fondo que hacen más vulnerable —en mi opinión— el ejercicio crítico de Alone (sobre todo en los últimos años, cuando ha entrado en tácito conflicto con nuevas formas de creación y apreciación literaria). Una cosa es ser entretenido, aun superlativamente, como lo es; otra consagrar la entretención y sus matices varios como los valores máximos en literatura. Por este rumbo Alone se cerró casi los caminos de la poesía —género donde la amenidad cuenta poco— y de amplios sectores de la nueva narrativa, cuyo resorte profundo es esencialmente poético. Enfrentado a estos dominios, su juicio ha parecido con frecuencia subjetivo, caprichoso, conservador, hedonístico.

Ha tenido siempre más sensibilidad que rigor intelectual, más sentido del placer que del valor. El placer fue su valor. Buen empirista, redujo la literatura —también la vida— a impresiones psicológicas: exquisitas, pero múltiples, fugaces, dispersas, y estas impresiones no llenaron del todo el vacío que dejaba la falta de una idea de la literatura —y de un

sentido de la existencia—. Fundado en imprevistos y excéntricos gustos de detalle, no ha contribuido a establecer jerarquías, órdenes, perspectivas en la multiplicidad de la creación literaria chilena. Silenció a autores notables, magnificó a otros de menor cuantía: no fue proporcional, no usó el metro parejo. Tampoco se lo propuso nunca, en realidad; consecuente consigo mismo, se limitó a decir lo que le gustaba y lo que no; su propia historia de las letras nacionales se llama "Historia personal", y lo es en grado sumo.

Alone concentra, en la literatura chilena, las grandezas y límites de una época: el psicologismo: el imperio del placer, la vivencia, la emoción, el gusto, el matiz psicológico: el impresionismo crítico. Sus crónicas responden a esta opción, para lo cual estaba admirablemente dotado como lector y como prosista. Aun hoy, leyéndolo desde una posición de fondo muy diversa, admira uno esas condiciones: la penetración directa en el alma del autor, como mirando a través del texto para revelarnos los bastidores de sus génesis; la facilidad para transmitir los matices inefables de una lectura; la amenidad de las digresiones marginales, a menudo más interesantes que la substancia de la crónica; el eximio poder de tratar con ligereza y humor cuestiones difíciles y profundas, y la fluidez de una prosa que no necesita objetividad ni justicia porque es un fin en sí misma, un derroche de gracia y de expresividad.

Ignacio Valente

ALONE Y SU SOLEDAD

El seudónimo de Hernán Díaz Arrieta no es como el de la mayor parte de los escritores chilenos aficionados a ocultar su nombre familiar. Lucila Godoy, Neftalí Reyes, Osvaldo Salinas escogieron nombres literarios que corresponden a otras tantas personas que bien pudieron existir y obedecer al llamado de Gabriela Mistral, Pablo Neruda o Miguel Arteche. Igual Juvencio Valle, Pablo de Rhoka y Efraín Barquero. No deja de ser interesante este afán de nuestros poetas de aparecer bajo otro, de ser un poco un diverso bautizado y un miembro de ajena familia. Prado, Huidobro, Guzmán Cruchaga, Cruchaga Santa María, en cambio, firmaron sus libros de acuerdo a como se les llamó en la pila bautismal y en el Registro Civil. ¿Es casual la diferencia?

El caso de Hernán Díaz Arrieta es distinto. Su *Alone*, como el *Azorín*, de Martínez Ruiz, no corresponde a nombre y apellido sino a un vocablo de alcance significativo, un "traducible" a conceptos: solitario o avizor, respectivamente. La indagación sicoanalista habría de recorrer ahora por otros derroteros; quizás uno ajeno al que fácilmente indicaría el seudónimo mismo.

Observamos, en todo caso, al gran solitario chileno. Hemos tenido la fortuna de conocerlo de cerca, de sentirlo llegar y de verlo y oírlo en nuestra casa. Viene solo, es cierto,

pero se integra con tal facilidad a la conversación y al ambiente del hogar que se le diría perteneciente a él. No importa que haya niños o señora; es igual que estén estudiantes, parientes lejanos, algún vecino. Ni muy hablador ni muy callado, lejos del anecdotario interminable de Ricardo Latcham y de la rotundidad con que nos asombraba Vicente Huidobro, el recién llegado es de todas maneras centro de la atención de cuantos lo rodean. Pero ello con naturalidad, sin que nadie sienta desazón por anotar lo que dice, ni preocupación por momentáneos silencios. La despedida ocurre como al pasar, igual que ir de un cuarto a otro. Ni aspavientos ni almíbares; ninguna frase hecha, ningún esfuerzo para llegar al ingenio. El recuerdo, luego, de su ausencia: de un hombre finísimo, sensible al menor asomo de lo distinto, captador de cuanto valía la pena captar, decididor fiel de un pensamiento riguroso y original, ligeramente proclive al humor.

Más de una vez fuimos a su casa en Piedra Roja, de la que por desgracia ya no es propietario. Se tomaba el camino del Alba, no lejos del convento blanco de los frailes benedictinos —hoy parroquia de San Vicente Ferrer—, y se doblaba hacia el norte, un buen poco más bajo del otro monasterio sin color, el de los benedictinos. Ambiente tranquilo de cordillera, anguloso y delgado. Tapias cargadas de rosales, pircas, portones de alerce, niños rubios como aromos en primavera. Nuestro amigo nos recibe cordialmente. Se torna por momentos locuaz y sueña con un torreón para admirar los tejados en el ocaso, llama al perro juguetero de su vecino, nos guía hasta su casita de madera al fondo de jardines y hortalizas. Es un sitio solitario que sólo con buena compañía se aprovecha plenamente. Justo lo que el crítico suele decir de su afición a la soledad: es buena en buena compañía. Ahora nos toca a nosotros incorporarnos a su hogar, el

que siempre lleva consigo. No es tarea difícil. Tal vez por que en el amplio sitio y en la pequeña casa nada sobra, nada falta. No hay más que lo necesario.

La ciudad quedó lejos. Lejos la imprenta y el bullicio. Hasta la literatura parece alejarse ante la evidencia de campo y de montaña. Don Hernán se ensimisma, es decir, se adentra en sí mismo sin alejarse de quien está con él; cada uno entra en lo propio. Allí nos encontramos. En un interior personal que es buena soledad y que, sin embargo, no es aislamiento. Aquí el fondo de la verdad de *Alone*; su soledad nada tiene que ver con el aislamiento en que viven tantos que tan efusiva y bulliciosamente se comunican a diario. Mucho, en cambio, con una afinidad de personas que aman su interior para mejor entenderse entre sí y con los hombres de buena voluntad que haya en su numeroso público.

Hugo Montes B.



A L O N E

Primero, los recuerdos personales acerca del autor de la *Historia personal de la literatura chilena*:

Recuerdo la primera vez que vi a Alone y conversé con él. Fue una esplendorosa tarde de verano en la villa que Benjamín Subercaseaux ocupaba en el barrio alto. ¿El año? Alrededor de 1938. Subercaseaux presidía una amable compañía de bañistas y circulaba entre ellos sonriente, ingenioso, envuelto en una gran toalla blanca, a la manera romana. Carlos Vattier me preguntaba cuántas comas le había puesto ese día al libro que Subercaseaux preparaba (revisar sus manuscritos era mi ocupación pagada) y si las cagarrutias de mosca no servirían el mismo propósito. Vattier tenía una risa alborotada y jugosa, su calva parecía el puño de un bastón antiguo. Me ponía nervioso.

Sentados a la orilla de la alberca, en grata sombra, oíamos a Alone. Me impresionó desde entonces su capacidad de apagar o iluminar el ambiente con los ojos. No podría decir que recuerdo el color de ellos. Solamente cierta luz, ironía, atención, asombro, una risa interior. O muy abiertos o entrecerrados. Nos contaba sus experiencias de motociclista y cómo, detenido en la esquina de una calle céntrica esperando que el carabinero le diera la pasada, amigos suyos íntimos lo miraban y no lo *veían*. Porque no esperaban verlo

en esa facha y en esas circunstancias. Le conté la historia del hombre mentalmente invisible de Chesterton y se interesó, pues la comparación era acertada. Creo que le produjo buena impresión. Yo era un joven de veinte años, más bien tímido, muy flaco y nervioso, y acababa de publicar mi biografía de Recabarren, libro que si Alone hubiese leído, le habría causado horror.

Los bañistas caían al agua como pájaros lentos y torpes, alas morenas del suburbio que descendían sobre la pila del amigo aristocrático. La campanita de la capilla que mantenía Subercaseaux sonaba en la brisa del verano. Eran bañistas felices y veloces. Los vi y no volví a verlos nunca más.

Después, recuerdo que Alone escribió cosas duras y, a mi juicio, injustas sobre mi libro *La poesía chilena*. Alone me puso en una situación difícil. Alguien me contó que, al saber mi predicamento, prometió volver sobre el tema y tratarlo de otro modo. A los años después le encontré en San Juan de Puerto Rico y me acogió amistosamente y habló bien de mis trabajos literarios. Lo vi una o dos veces. Yo andaba deslumbrado con las playas blancas de San Juan, sus mares azules, sus flores de pascua, sus bellezas rubias succulentas de sol y vitaminas yanquis. En ese ambiente cordial influyó también Juan Marín, con quien siempre nos entendimos en el plano del humor y la anécdota bien contada.

Mi siguiente encuentro con Alone ocurrió en una parcela en La Dehesa, que yo le arrendaba a Fernando Orrego. Alone llegó una mañana con Marta Brunet y Pepe Donoso. Marta era un gran angelote, tierno e inteligente, que hablaba como niña consentida, pero los consentidos éramos nosotros sus amigos, a quienes ella favorecía sin reservas. Donoso era entonces un joven que hablaba poco, parecía tener los dientes amarrados con alambres, como esas personas que se quiebran la mandíbula. (Después lo conocí con barba y hablando hasta

por los codos: su época de redactor de *Ercilla*). No me acuerdo de qué conversamos. Alone estaba sentado en el jardín, sonriente, contento.

Lo vi una o dos veces más. Una, en la tertulia de la señora Echeverría, adonde llegué con Fernando Debesa, y me gustó el contorno de dulces chilenos y Scotch, frases dichas sin alarde, y elegancia tranquila. Alone me preguntó si venía a establecerme a Chile después de mis años californianos. Le respondí que ése era mi propósito. "A reencontrar raíces", dijo y me agradó la frase, porque advertí que él se daba cuenta de que mis raíces chilenas no las había perdido nunca.

Estos son los fugaces recuerdos personales: Alone de cerca, pero no muy de cerca, porque no se entrega ni se aparta, mantiene la distancia con gentileza, frágil, pero fuerte, un poco como Borges, aunque no tan recio (Borges es un criollo. Alone parece ser de ninguna parte, chileno, pero de ninguna parte en especial).

Y ahora sus escritos, su profesión de crítico, porque Alone, si no me equivoco, es el único crítico literario profesional que tiene Chile. Los otros mezclan demasiadas cosas: editoriales, crónicas, artículos políticos o académicos, clases, conferencias. Alone no: su ocupación y preocupación han sido siempre la literatura y lo han sido en un plano de ingeniosa, intencionada, perspicaz especulación. Nada más lejos del arte de Alone que la disciplina del *scholar*. En la clasificación de la crítica que propuso alguna vez Alfonso Reyes, Alone ocuparía varias categorías, pero la verdad es que en ninguna cabe del todo: su crítica es consistentemente impresionista, aunque juzgue con cierta perspectiva; si de un amigo se trata, Alone se transforma en exégeta; si de un enemigo, lo envuelve en una red de ironía y lo destruye por medio de la comparación (divide para reinar); puede

opinar con solvencia acerca de la literatura francesa del siglo XIX y comienzos del XX, pero sus juicios sobre literatura latinoamericana parecen escritos por un visitante de la estratósfera; no creo haber leído jamás un juicio suyo sobre literatura norteamericana (podría equivocarme), tal vez porque piensa que los yanquis han nacido para consumir productos de difícil, si no imposible, encuadernación. Tampoco sé que Alone se interese en otras artes, ni en el teatro. Creo que frente a un escenario se sentiría incómodo, e incómodo también frente a una abstracción pictórica o los planos y masas de una escultura moderna. (Simples suposiciones de mi parte).

Los puntos altos de Alone han sido: el reconocimiento inmediato y constante de la Mistral, Neruda, Manuel Rojas, D'Halmar, Pedro Prado; su actitud despectiva ante el viejo criollismo (contribuyó así al desarrollo del neo-realismo en Chile); su curiosa identificación estilística con González Vera; su heroico intento de entender a Cortázar; sus amables comentarios sobre Parra. Se me ocurre que temprano en su carrera de escritor reconoció el encanto de Azorín y lo asimiló.

Sus puntos bajos: desconfianza hacia Benjamín Subercaseaux; asco por la literatura neo-realista chilena; glorificación de la mediocridad si de simpatizantes se trata. Lo peor: algunos artículos injustos sobre Mariano Latorre, y su guerra total contra Pablo de Rokha.

Debe anotarse también su consistencia en mantener a través de toda su vida profesional de crítico un criterio, fundamentalmente clasista: Alone aceptó con tristeza la democratización de la literatura chilena, fenómeno que él vivió en la primera mitad de nuestro siglo. Su inclinación hacia la aristocracia y la alta burguesía no es actitud que pueda descartarse de una plumada: constituye una postura

social que, en sus artículos, alcanzó graves consecuencias literarias y políticas. No en vano es Alone decano de la crítica literaria y del inuendo político en *El Mercurio*. Alone no podría usar la definición política de Borges dio de sí mismo: "soy un conservador escéptico". Alone es un conservador dogmático.

¿Una opinión mía muy personal sobre Alone? No me convence su decoro porque no le encuentro justificación. Alone debió abrirse más en sus críticas, desconcertar, alarmar, perfeccionar una vena sensualista que adorna muchos de sus artículos, pero que él siempre apaga, como inseguro o tímido o temeroso. Además, me sorprende que no se ocupe de temas religiosos en su relación con la literatura. ¿Por qué me sorprende? No sé exactamente. Será porque su colega Ignacio Valente se ocupa tanto de ellos.

Para expresar un juicio final (¡Dios me libre!) sobre Alone falta tiempo y perspectiva. Sólo podemos juzgarlo por lo que nos hizo personalmente. En mi caso, tengo de Alone: un vigoroso artículo sobre *Caballo de copas*; un juicio equilibrado y una valoración general justa sobre mi obra en la segunda edición de su *Historia personal*; una incapacidad para comprender qué es un lenguaje auténticamente popular y un estilo de vida que ha conformado mi producción literaria y que, obviamente, no es el suyo.

Alone influyó en la vida literaria chilena de la primera mitad del siglo XX acaso tanto como Ricardo Latcham, pero sin el ímpetu heroico de éste. Latcham fue el crítico de la Generación del 38 y del neo-realismo chileno. Alone fue el crítico de Los X, de la Mistral, del *elitismo* intelectual santiaguino. De Alone seguirá leyéndose su libro *Los cinco grandes de la literatura chilena*. En cuanto a sus artículos de *El Mercurio*, que alguien los reúna y seleccione primero. Después podrá opinarse.

Fernando Alegría

ALONE, CRITICO Y ESTILISTA

El pseudónimo Alone, de Hernán Díaz Arrieta, paradójicamente y a despecho de su significación literal, llena de punta a cabo la vida literaria de los últimos 50 años de nuestro país. No se puede hablar en propiedad de libros al margen de sus juicios críticos, todos de incuestionable gravitación.

La historia de Alone no es la historia de una carrera literaria sino de un destino literario. Su acendrada pasión por las letras, su infatigable capacidad para conmoverse frente a ellas, data desde su adolescencia en el campo, cuando repentinamente dejó de ser un muchacho montaraz que vivía saltando cercos y subiéndose a los árboles para quedarse encerrado en su hogar, como hipnotizado por una revelación superior, al leer el primer libro. Se lo pasó su padre "para que lo dejara tranquilo", y fue el *Gil Blas de Santillana*.

Tan violento impacto en su sensibilidad lo lanzó de bruces en la lectura de otros libros, de cualquier libro, sin parar hasta hoy. Su gusto por la letra impresa es natural, no impuesto, cual una necesidad de su organismo, semejante a la sed. Una vez confesó: "Yo he leído con gozo lo peor, incluso todas las novelas de Ponson du Terrail".

Cuando trabajaba en el Ministerio de Justicia, llegó a esas oficinas un vendedor de libros y le preguntó si se

interesaba por algún título de los muchos que portaba en su amplia maleta. Alone le contestó que sí. El librero le preguntó ¿cuál de éstos? A lo que él, sin revisarlos, le contó todos.

Autodidacto, sí. Pero en nuestro medio ¿quién ha leído más que él? Por añadidura, cuanto ha aprendido no ha sido por imposición de profesores, como una tarea para alcanzar un título, sino por gusto natural, por espontánea preferencia, por glotonería propia. Alone reacciona ante los libros como otras personas ante el prójimo: como algo vivo.

Toda esta vida tan bien compaginada con los libros resulta difícil de resumir. Prevalece siempre el temor de no abarcar con la debida extensión una personalidad tan acusada y singular.

¿Cómo es Alone personalmente? Parece un monje medioeval, alto, bien formado, de mirada penetrante. Pulcramente vestido, camina en línea recta por la calle sin distraerse por los lados y sin mover los brazos, casi como un sonámbulo. Pocos ven más, sin embargo. En el fondo de sí mismo esconde a un gran sentimental. Vive en una sólida casa de dos pisos frente al Parque Cousiño y alterna con muy poca gente, sólo con quienes él ha elegido entre tantos —y tantas— que lo buscan. En la intimidad es un conversador medular y ameno que exhibe un escepticismo sabiamente contrabalanceado por un chispeante sentido del humor. Su mayor pasión, después de los libros, es la Naturaleza, cuyos dones busca en los alrededores de Santiago.

La obra de Alone es vasta como la que más en nuestro medio. Ella se ha volcado preferentemente en la prensa, en *La Nación* desde 1921 hasta 1938, y en *El Mercurio* desde entonces hasta la fecha, aparte de su colaboración en revistas nacionales y extranjeras. A ello hay que agregar una novela, *La Sombra Inquieta*, y no menos de 10 libros de crítica o

ensayo. Ciertamente es que algunos de estos volúmenes están compuestos con el material ya publicado en los diarios, pero de todas maneras tal enumeración da la medida visual de cuánto ha escrito, de hasta qué punto es un escritor por vocación y no por decisión.

El hecho de que la mayor parte de su obra se haya publicado en la prensa ha impuesto a Alone un estilo acorde con la situación de sus lectores. Consecuente con el tipo de tribuna que usa, escribe sin discriminación para el gran público, de un modo y con un lenguaje que todos entienden por igual. Para ello persigue sin tregua la claridad y la sencillez hasta dominarlas plenamente. Jamás retuerce los conceptos, nunca dice una cosa encima de otra, sino que una primero y otra después, en orden lineal y empleando cada vez las palabras más corrientes, aunque colocadas de manera que no parezcan vulgares. Rehuye instintivamente el lugar común —no es de esos que con toda sangre fría escriben "la severa capilla ardiente"— y cumple siempre uno de los principales mandamientos literarios: no repetirás.

Edmundo Concha

ALONE A MEDIA DISTANCIA

En un ensayo sobre la llamada generación del veinte —no publicado, por cierto— tuvimos que ocuparnos, forzosamente, de un grupo intermedio que la antecede, entre los cuales figuraban Daniel de la Vega, Carlos Sepúlveda Leyton, Luis Durand y *Alone*. De este último, escribíamos lo siguiente: "Entreverado con unos y con otros, *bovarista*, taimado, tal vez remiso, en un comienzo, a aceptar en sí mismo los temas que el destino nacional le ofrecía, extrañado y extrañado, exégeta semanal de su propio gusto de lector, presto siempre a rechazar toda manifestación literaria que exigiera más hermenéutica que goce, Hernán Díaz Arrieta ha gobernado, durante medio siglo, y con éxito, la crítica periodística".

A la hora de sus ochenta años, el lejano juicio nos sigue pareciendo válido y explicitable.

Alone forma parte de la fisonomía de nuestras cosas habituales. Nos pasa lo que con ellas: de tanto frecuentarlas, ya no las vemos. *Alone* se ha radicalizado, como nuestra costumbre de cuarenta años de leer periódicos. *Alone* nos ha llegado a través de dos de ellos —primero, *La Nación*, luego *El Mercurio*. De estos diarios ha cambiado el modo, los redactores, y, hasta el formato. La constante, en uno o en otro, ha sido *Alone*, apareciendo todas las semanas igual a sí

mismo, imperturbable a la variación. Se propuso hace medio siglo entregar al público, sin prisa y sin pausa, crítica de novela y poesía desde una cátedra de ritmo semanal, para la que no se anuncia todavía la hora melancólica de la jubilación.

Ha moldeado el criterio y el gusto del público (no de los críticos, naturalmente) y le ha impuesto suavemente su concepción de la literatura, regalando, de paso, al lector medio una opinión bien servida que le permite argumentar en los pequeños debates de la vida íntima.

Resulta curiosa su permanencia en tan alto magisterio, no porque no la merezca, sino porque en Chile quien oficialmente opina sobre el trabajo —el delicado trabajo intelectual del prójimo— libremente y conforme a su real saber y entender, tiene los días contados, no suele durar.

Y he aquí que este hombre cejijunto, con hechuras de viejo atleta, ya un poco trabado al caminar, siempre derecho, siguiendo el centro de su aventajado mentón, ha cumplido la nada floja tarea de atravesar cincuenta años de vida literaria chilena, encomiando o flagelando varios centenares de primeras ediciones, repartiendo sentencias, favorables o demoleadoras, sobre una legión de autores esperanzados que aguardaron su turno en la edición dominical del diario para saber si venderían, si serían famosos, decididos, de todas maneras, a empezar de nuevo si la crítica añorada no venía bien, y moralmente resentidos si no lograban el eco, siquiera negativo.

La larga peripecia del activo censor y la frecuencia regular de sus salidas al público, facilitan la contemplación de su labor en una perspectiva sin penumbras.

Alone parece no tener etapas. No ha variado. Desde que empezamos a leerle, allá por el año treinta hasta hoy, hasta su último acierto en defensa del extinto Alfonso Reyes (en-

juiciado al soberano *cuete* por Julio Cortázar), hemos percibido el despliegue incesante —“*toujours recommencée*”— de la misma sensibilidad, diestra para diferenciar según las leyes del propio gusto; la misma terquedad para separar sabores que su espíritu no filtra. Hay literaturas completas, y geniales, que no le provocan. El aburrimiento o el interés son sus categorías supremas de evaluación, bien respaldadas por una intransigente independencia que le permite discrepar o desentonar irónicamente; todo esto conducido con una indefinible malignidad que le permite sobrellevar el más estupendo de sus defectos: la incapacidad para producir artículos de compromiso, aun ante la obra de sus amigos. Y, además, todo esto con marca, envasado como un producto estable que llega a apetecerse y que, a la larga, como todo manjar muy repetido, pierde la renovada sorpresa, se habitualiza y decae. El envase, exquisito, es su prosa: tranquila, acidulada, llana, mechada de frecuentes parpadeos de bengalas, flotando en una semi-sonrisa.

Alone llega con brío y facilidad al término de sus medidos artículos. Es corredor de cien metros; como no le acomoda el tiro largo, se vuelca entero en un instante. Deja explotar la impresión de su lectura y siempre parece querer darnos la instantánea de sí mismo leyendo, gozando, rechazando. Nos sirve a un autor de manera que no olvidemos que es él quien hace algo con lo escrito por otro. *Alone* ha hecho literatura con la literatura. Esa ha sido la característica de su labor, la base de su enorme éxito. Tal vez, al intimar con la obra de Saint Beuve encontró el camino para narrar lo narrado, recreándolo.

Del gran crítico francés dijo una vez Federico Nietzsche, entre cosas menos gratas, lo siguiente: “Muy distinta su actitud frente a las cosas en que un gusto refinado y ligero llega a ser juez supremo: aquí es donde verdaderamente tiene el

valor y el placer de ser él mismo, en esto pasa por maestro”.

Alone ha logrado el propósito de imponer su sensibilidad y su estilo. El sabrá con cuales cuidados, desde qué soledades y disciplinas se logra la independencia triunfadora. Hemos tenido que leerle, elogiarle y también tolerarle algunas veces. Ha sido y sigue siendo una circunstancia intelectual insoslayable. La senectud lo encuentra original y desenfadado, afrontando la carga pesada de su duro oficio.

Una vez, hace años ya, manifestó cierto ajuste simpático y lejano con Pío Baroja. El novelista vasco recogió a la distancia el juicio sobre su temple emitido por el crítico chileno, y lo reprodujo en sus Memorias.

Alone, como Baroja, ha salido al camino con la chaqueta al hombro; para entretener su soledad ha cantado y silbado según el humor y el reflejo del ambiente en su espíritu. Por ello ha encontrado miradas hostiles y afectos duros. Ahora, tal vez la soledad no lo entristezca, ni le enoje que le digan lo que él, con gran exactitud, dijo de Baroja: "Baroja es arbitrario, malhumorado y cáustico, seco, duro, a menudo de espíritu pequeño y agrio, sin ilusiones, sin generosidad de corazón, y hasta sin corazón. Hay en él cierta virtud rara, y una claridad desengañada, y, sobre todo, tal sencillez y tal naturalidad, que, a pesar de cuanto diga y haga, atrae, conquista y requiere”.

Fernando Uriarte

TRES OPINIONES DE ESCRITORES

Considero a Alone un estilista de categoría, ameno y sagaz. Le falta objetividad, eso sí. En sus juicios pesa más lo personal que lo estético, el autor que la obra. Ello produce desorientación en los lectores y, a menudo, injusticia en el planteamiento de la literatura nacional que sólo el tiempo—único gran censor—, habrá de colocar en su sitio, otorgándole su justo valor o relegándolo a la oscuridad de que no debió salir.

Hay que pensar en el drama interno del escritor que entra a la arena lleno de esperanzas, sumido en el proceso de la creación y que se aferra con temor y expectativa a la opinión de quienes han de juzgarlo. Merece una mirada objetiva y ajena a todo prejuicio.

Tal es el mérito enriquecedor de las críticas que recibe el escritor en el extranjero: son absolutamente puras de toda influencia exterior. El autor no tiene rostro ni familia ni historia. Es sólo una voz que deja oír su pensamiento. He sentido muy fuerte esa impresión en Buenos Aires, en México, en Madrid. De ese modo analizó uno de mis libros el argentino Manuel Mujica Laínez, por ejemplo. Tal vez, si me hubiera conocido, su juicio habría sido diferente, con otros matices, o menos alentador.



Esta falta de objetividad es propia de casi todos los críticos chilenos. Estamos demasiado cerca unos de otros: falta perspectiva.

Pero empiezo a apartarme del tema. Repito que sólo ese pecado de subjetividad reprocho a Alone, quien es un escritor de calidad.

María Flores Yáñez

El placer intelectual que experimento releer los escritos de Ortega y Gasset —aquéllos esparcidos en su así llamada labor periodística— siempre presenta un encendido interés cuando tropiezo con nuevas razones, con nuevas ideas, que van a confluír musicalmente, como vastas ondas, en un sistema de frenos y de reflexiones.

El rasgo tan difícil de la incitación (incitación a emprender la aventura intelectual, a corroborar juicios y esquemas, a leer entre líneas, a captar la mentalidad de una época mediante la perspectiva crítica, donde el uno es el autor más su circunstancia), rasgo tan presente en el maestro español, se ha mantenido, en nuestro medio, como una constante espiritual en los escritos dominicales de Hernán Díaz Arrieta.

Por más de cincuenta años Alone ha atisbado, con curiosidad, la realidad literaria del país. Si se quiere, durante toda su vida se ha visto envuelto en las propias redes de su curiosidad intelectual, dándonos una cuenta minuciosa del destino de nuestras letras.

En las redes de la incitación, de la curiosidad. A una labor de creación, para la que, sin duda, contaba con las luces necesarias, ha preferido esta tarea ingrata, soslayada y humilde: la de escuchar, entender e interpretar.

Pero —un poco injustamente— debemos agradecerle, pues merced a esa voluntad de sacrificio, contamos ahora con un vasto repertorio, con un panorama conjugado de nuestra realidad expresional.

Todo esto emprendido, sin embargo, sacrificando su participación como autor en dicho repertorio, en el determinado panorama.

Recuerdo que hace algún tiempo le señalaba a Hernán Díaz lo bien que me había parecido *La sombra inquieta*, única obra suya de creación narrativa, especialmente por ese desgaire, por esa ausencia de literatura, por esa manera de ir construyendo la obra casi a la vista del público, obra esbozada con sobriedad, pero a la espátula, como a contrapelo, mostrando el *deus ex machina* de la elaboración.

Le agregaba que me complacía situar *La sombra inquieta* en la línea de la contención (no del orden), conjuntamente con esos libros que siempre se me han antojado como un milagro en nuestra literatura: *Zozobras* de Tatin, *Mirando al océano* de Labarca y *Albué* de González Vera, entre otros.

Dentro de mi manía de la corrección no estaba lejos de mi ánimo proponerle una nueva elaboración, pero Alone iría a encontrar la respuesta sorprendente, pues me señaló que desde 1915, año de la publicación de su obra, nunca jamás, a pesar de sus reediciones, él la había vuelto a leer.

¡Negar a leerse, él, que ha leído todos los libros, él, el vicioso no castigado de la lectura!

Supongo que al rasgo de la incitación y de la curiosidad debemos agregar este otro, el de su elegancia, llevado este vocablo al extremo en que "elegancia" se deriva de "logos".

Braulio Arenas

1951.

En Chile hay dos o tres críticos literarios que aman los libros. Sólo ellos valen la pena, sólo ellos hacen que el lector también los amen. El más destacado es Hernán Díaz Arrieta, Alone. Sus comentarios son punzantes, apasionados, sueltos de cuerpo.

Las opiniones de este crítico pueden ser discutidas, ¿pero quién podría discutir la manera como las expresa? Jamás he estado de acuerdo con sus opiniones políticas. Incluso he temido, como agrónomo, que escriba una Historia Personal de la Reforma Agraria Chilena más subjetiva aún que la literaria. Pero no puedo desconocer la valentía y el brillo con que salta al campo de batalla. Poco le importa que sus enemigos sean legión. Ha tomado a la soledad como distintivo; se fortalece en la misma soledad donde otros se pierden.

Oí una vez que escribía sus Memorias, género que cuenta con todas sus simpatías. Las había bautizado con el sugerente nombre de *Pretérito Imperfecto*. ¿Dónde está ese libro? Principal motor literario de varias generaciones, auspiciador de Vicente Huidobro, de Pablo Neruda, de José Santos González Vera, de Pedro Prado, de Gabriela Mistral, de Miguel Arteche, ¡cuántas historias apasionantes abarcará su pretérito imperfecto!

He aquí a un crítico nada de doctoral, a alguien que huye de la pedantería como del demonio. No dice *visualizar* si puede decir, sencillamente, *ver*, no se da aires de maestro soberano. Es por temperamento clásico proclive a la naturalidad. Siempre al día, su ingenio, su elegancia, su buen gusto atraen a cientos de miles de lectores. Poca gente resiste la tentación de leerlo.

Carlos Ruiz Tagle

BIBLIOGRAFIA DE ALONE

- 1.—*Prosa y verso*. En colaboración con Jorge Hübner Bezanilla, Santiago, 1909.
- 2.—*La sombra inquieta*. Novela. 1915. Reeditada en 1916 y 1949.
- 3.—*Portales Intimo*. Epistolario y estudio, 1930.
- 4.—*El Lincoln de Emil Ludwig*. 1931.
- 5.—*Panorama de la literatura chilena durante el siglo XX*.
- 6.—*Las mejores páginas de Marcel Proust*. 1933. Reeditada en 1968.
- 7.—*Las cien mejores poesías chilenas*. 1937. Reeditada en 1949, 1957, 1962 y 1966.
- 8.—*Alberto Blest Gana*. Obra premiada por la Universidad de Chile. 1940.
- 9.—*Gabriela Mistral*. 1946.
- 10.—*El Congreso de Academias de la Lengua Española*. 1951.

- 11.—*Historia Personal de la Literatura Chilena*. 1954. Reeditada en 1962.
- 12.—*La tentación de morir*. 1954.
- 13.—*Aprender a escribir*. 1956.
- 14.—*Historia de la biografía*. 1959.
- 15.—*Memorialistas chilenos*. 1960.
- 16.—*Leer y escribir*. Antología de Enrique Espinoza. 1962.
- 17.—*Los cuatro grandes de la literatura chilena durante el siglo XX*. (Augusto d'Halmar, Pedro Prado, Gabriela Mistral, Pablo Neruda). 1963.
- 18.—*Bello en Caracas*, Caracas, 1963.
- 19.—*Antología del árbol*. 1966. Reeditada en 1968.
- 20.—*Proust y otras crónicas*.
- 21.—*En la batalla política*; Edit. Gabriela Mistral, 1974.

BREVE ANTOLOGIA EPISTOLAR DE ALONE

"Mi querido amigo:

Una de las preguntas me causó curiosa sensación de alivio que sólo después he venido a explicarme. Dice usted que los jóvenes en general no me conocen o me discuten y no me aprecian. Mi impresión de alivio proviene de que estoy de acuerdo con ellos; tampoco me conozco, también me discuto y mi autoaprecio es muy limitado, casi nulo.

La verdad es que me pasma, siempre que la considero, la situación literaria que me han dado las consabidas omnipotentes circunstancias. Es completamente absurda y con frecuencia experimento la sensación de que estoy engañando a la gente y el temor de que, de pronto, se descorra una cortina, me pillen en flagrante delito y tenga que huir de la policía. Por eso la idea de que la juventud no me conoce ni me estima me produce un gran descanso, una especie de seguridad.

¿Necesito decirle que en esas pesadillas persecutorias una de las personas que veo más engañada es usted, mi querido amigo? La verdad es que usted me toma terriblemente en serio. Moderación. No olvide el *cum grano salis*...

Febrero de 1972.

"¿Hace allá tanto frío como aquí. Uno de los sueños que me quedan es irme a pasar el invierno en Vicuña; pero... Mi querido amigo, un consejo: no hay que envejecer, ¡ése es todo el frío y todo el invierno!"

Junio de 1973.

"Mi querido amigo:

Le escribo en una oficina donde me refugio, en un piso undécimo con amplia vista al poniente y que sería un ideal de paz si no tuviera al frente la sede del Partido Comunista y su terrible amenaza. La casa queda a media cuadra y sentimos todos los días los gritos, los insultos, las vociferaciones de esta especie de enemigo exterior incrustado en el país y que mañana puede arrasarlo. La verdadera campaña del terror es ésa, el programa allendista; no se necesita más. Lo demás es hipocresía. Y esto, más que la ruina material, es lo asfixiante, la mentira metódica, el absurdo, la inconsciencia. ¿Qué irá a suceder el 4, dentro de ocho días? La verdad, no se sabe. La catástrofe de un triunfo allendista sería tal que, a veces, una especie de vértigo me hace desearla para que de una vez reviente la pústula inmensa del odio de clases cultivado, exacerbado; y desaparezcamos. Para mí sería simplemente el fin, usted comprende. Pero en su carta hay otra nota que me levanta el ánimo: esas personas que han cambiado de opinión leyendo mis artículos de PEC. No podría usted haber elegido algo más agradable que decirme. Comprendo que su buena voluntad interviene; pero se lo agradezco. Uno de mis quebraderos de cabeza es cómo los intelectuales, que no pueden existir sin libertad, trabajan por matar la libertad. Eso es un misterio de los más dolorosos. Ni Alessandri ni el liberalismo democrático son la perfec-

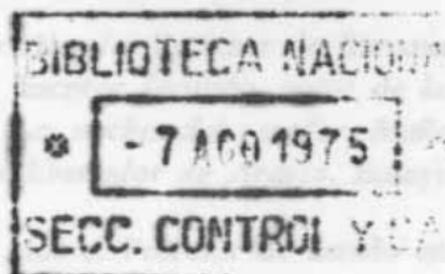
ción; pero son lo menos malo y lo único que puede corregirse, porque deja hablar. El marxismo, en cambio, es el callejón sin salida, el silencio. ¿Qué se puede esperar de un sistema que oye una sola voz?"

26 de agosto de 1970.

INDICE ——— NOMBRES

"Y ya ve usted cómo por ese camino siempre tropezamos con esa despedida que hace los homenajes mitad dulces y mitad muy melancólicos. Yo habría preferido pasar este trance en silencio y no convertirme a la luz pública en esa especie de monstruo de ochenta años y cincuenta más, unos como ser humano y los otros como crítico, es decir, como ser inhumano. Gracias, de todas maneras por todo y crean en la sincera y profunda gratitud de su viejo amigo".

Mayo de 1971.



INDICE DE NOMBRES

José Santos González Vera, autor de *Vidas Mínimas*, *Albué*, *Cuando era muchacho*, *Algunos*, entre sus principales obras. Maestro de la prosa elaborada. Premio Nacional de Literatura 1950.

Hernán del Solar. Fino escritor. Ocupa desde hace algún tiempo la página literaria del diario *El Mercurio*. Su conocimiento de A'one es, pues, directo y semanal. Ha escrito, entre otras, *Viento verde*, *Senderos*, *El cazador de sombras*, *Cuando el viento desapareció*, etc. Premio Nacional de Literatura en 1968.

René Silva Espejo, periodista y escritor. Actualmente es Director de *El Mercurio* de Santiago. Ha escrito, además, un libro de crónicas. Precisamente *Las crónicas de Jr.*

Valiente polemista.

Fernando Alegria. Profesor de literatura chilena en Estados Unidos. Escritor fecundo, autor de las novelas: *Caballo de Copas*, *Las noches del cazador*, *Mañana los guerreros*, *Lautaro*, *joven libertador de Arauco*. Ensayista múltiple.

Eduardo Moore. Profesor de Estado en Historia y Geografía. Abogado. Autor de una biografía completa de *Juan Martínez de Rozas*, *Juventud*, etc. Ex Ministro de Estado en la Administración del Presidente don Jorge Alessandri.

Ignacio Valente. Es el seudónimo de José Miguel Ibáñez Langlois, crítico literario de *El Mercurio* de Santiago. Poeta y ensayista brillantes. Autor, en otros títulos, de *Qué palabras, qué lágrimas.*

Hugo Montes. Profesor universitario. Poeta fino e inteligente. Ha escrito varios ensayos. Destacan *La lírica chilena actual* y un estudio sobre la poesía de Nicanor Parra.

Edmundo Concha. Redactor literario de *Las Últimas Noticias.* Esporádicamente aparecen artículos suyos en *El Mercurio* de Santiago. Es autor de la novela *Los gusanos.*

Fernando Uriarte. Ensayista de los *Anales de la Universidad de Chile.* Colaborador de la revista *Atenea* de la Universidad de Concepción.

María Flora Yáñez. Novelista frecuentemente premiada. Ha escrito: *El abrazo de la tierra, Mundo en sombra, Espejo sin imagen, Las cenizas, La piedra, Visiones de infancia,* etc.

Braulio Arenas. Poeta y escritor fecundos. Autor, entre otras cosas, de *Discurso del gran poder, Cerro Caracol, El mundo y su doble,* etc.

Carlos Ruiz Tagle. Narrador chileno de inspiración ágil y liviana. Autor de *Memorias de pantalón corto, Dicen que dicen,* etc.

